

merced á su joven discípulo Graciano. Tras larga ausencia, colmado de honores y viejo ya, volvió á su patria para no salir de ella. Lo pasó muy bien en sus últimos años. Era rico; poseía numerosas quintas en el Bordelesado, en el Poitou, en Saintonge. Transcurrían felices sus días, dichoso, honrado, rodeado de sus deudos y discípulos; trabajaba, escribía, versificaba más que nunca. La mayoría de sus producciones, las más inspiradas, las más sabrosas, son los frutos de su vejez.

En sus obras hay mucha hojarasca. Perfecto artista, Ausonio conoce la técnica. Imagina, para variar sus recursos, las combinaciones más variadas y raras. Compone hexámetros con arreglo á un solo modelo rítmico, series de versos cada uno de los cuales termina en un monosílabo y cuya última palabra reaparece al principio del verso siguiente. Y todo para celebrar las virtudes del número 3, para resumir los reinados de los Césares, para formular las sentencias de los siete sabios, etcétera. Al igual que un pedante de colegio copia á Virgilio y lo diluye en centones, copia á Marcial é imita los epigramas obscenos del bilbilitano. Estos pasatiempos escolares, estos recreos laboriosos varían al infinito. Por fortuna esta cortedad de imaginación queda compensada con la discreción, la elegancia, la gracia. Ronsard se inspiró en la composición sobre las rosas. El poema sobre el Mosela, el más largo de todos, contiene, junto á muchas descripciones á lo Delille, lindos cuadros, paisajes bien observados y mejor descritos. En especial nos interesa el estro personal, íntimo y familiar del poeta, que bajo este respecto no tiene rival en la literatura antigua. Se observa á sí mismo con tal abandono que recuerda á su compatriota Montaigne. Anota con precisión é ingenio los detalles de su vida. Cuando se abandona, lleno de candor, á los sentimientos de su noble y afectuosa naturaleza, encanta y seduce. En este punto el hombre aparece superior al poeta. Su padre, su esposa, sus hijos, sus maestros, todos aquellos á quienes ama ó amó; el lugar en que pasó su infancia, su querida ciudad de Burdeos, le inspiran tiernos pensamientos.

«¡Salve, pequeña heredad, reino de mis antepasados, que mi abuelo y mi padre han cultivado con sus manos! ¡Ay! No deseaba gozar de ti tan pronto. Tál es sin duda la ley de la naturaleza; pero ¡cuán grata, cuando dos bien se quieren, es la mutua posesión! El trabajo, los cuidados, la inquietud, tal es al presente mi suerte. Antes mi padre me abandonaba al placer y guardaba para sí los pesares.»

«Hace tiempo que me reprocho mi silencio impío, ¡oh patria! Célebre por tus vinos, por tus flores, por tus preclaros hijos, por la nobleza de tu Senado..., ¡y no te canté todavía! Y sin embargo, Burdeos ha visto mi cuna, Burdeos cuyo cielo es clemente, cuyo suelo desborda en flores y frutos, Burdeos la de las primaveras larguísimas, la de los cortos inviernos, la de los árboles nunca despojados de hojas... Para Burdeos es mi amor, si para Roma mi culto. Allí fuí cónsul, allí está mi silla curul; pero aquí mi cuna.»

He aquí en qué términos escribe á su nieto en el día de su aniversario: «¡Sonríe á mi vejez! ¡Ojalá retroceda ante el término fatal! ¡Ojalá se prolongue sin achaques para asistir á tus fiestas y contemplar los astros que se borran antes de bajar á la tumba! Sí, querido nieto, tu

natalicio me inspira doble alegría y me inspira gratitud por vivir aún, pues tu gloria crece con tu adolescencia, y ya viejo, puedo contemplar la flor de tu juventud.»

No hay duda que á estas efusiones se mezcla la amplificación, un lirismo excesivo. Pero, sin embargo, son sinceras. Por estas impresiones delicadas, por estas amables cualidades, por esta poesía poco levantada, pedestre y burguesa, Ausonio es de los nuestros. Es un gallo de buena cepa, casi es un francés.

Ausonio es cristiano, pero su religión es superficial y le ocupa menos que la poesía. Su optimismo natural, su buen humor le apartan de la tétrica religión nueva, cuyos problemas no le turban. Su devoción son sus versos. Su imaginación y su corazón son paganos. Todo cambia á su alrededor. Los bárbaros, de los que no se acuerda en su apacible retiro, están á las puertas del Imperio, para sojuzgarlo de un modo definitivo. San Martín efectúa conversiones en masa. De esta revolución moral debía surgir una literatura que brillaría en la Galia, pero hostil al paganismo. Mas pertenece á una edad de que no debemos transponer el umbral. Ausonio conoció á sus primeros representantes, Hilario de Poitiers y Sulpicio Severo. Vió á su discípulo predilecto Paulino, el futuro San Paulino de Nola, abandonarlo todo para entregarse en brazos de la religión. Causóle aquello gran pesar, y las cartas que le escribió para disuadirle son lo mejor quizá de su obra. Nunca tuvo acentos tan penetrantes; pero los argumentos de que se sirve son pésimos. El viejo literato no alcanzaba á comprender las causas profundas de aquella resolución.

No un cristiano tibio, sino un pagano entusiasta, declarado, es Rutilio Claudio Namatiano, que escribe sobre Roma los mejores versos que ha inspirado. Paganismo y patriotismo son para él una misma cosa. Era gallo, de familia noble, de Poitiers ó Tolosa, y como todos los galos de aquel tiempo, amaba tanto á su patria local como á su gran patria romana. Mayordomo de palacio en 412, en tiempo de Honorio, prefecto de la ciudad en 414, vuelve á su patria en 416 para cuidar de sus propiedades asoladas por la invasión. Nos describe su navegación y escalas á lo largo de la costa de Italia en un *Itinerario* poético de excelente factura. Toda esta relación abunda en bellos versos, en observaciones justas, en cuadros pintorescos. Pero el viaje es menos interesante que la partida. Su adiós á Roma es conmovedor. El poeta no acierta á salir de aquel suelo sagrado. Besa llorando las puertas de la muralla. Entona un himno de reconocimiento y de amor. El imperio se derrumbaba y cuarteaba por todos lados. Se acercaba el fin. Los visigodos estaban en el Mediodía de la Galia. Seis años antes Alarico había acampado en el Foro; pero aquellos acontecimientos no apagaron la fe de Rutilio sobre los destinos de la ciudad eterna. Nunca fué cantada con mayor ternura. Nunca su misión civilizadora fué mejor comprendida, ni celebrada en más noble lenguaje. Vale la pena de citar este trozo que cierra dignamente la historia de la literatura profana gallo-romana.

«Escucha, Roma, mi plegaria, reina soberbia cuyo es este mundo, Roma que tomaste sitio en el cielo estrellado, madre de hombres y dioses, cuyos templos nos acercan al Olimpo. A ti canto; y en tanto que pueda, tít serás el objeto de mis trovas. ¿Puede vivir alguien que

no sepa lo que te debe? Antes que tu alma se borre de mi alma sacrilega, olvidaría el sol, pues tus beneficios se esparcen como la luz y llegan hasta los límites en que las olas del Océano abrazan á la tierra. El mismo parece lucir sólo para ti. Se levanta en tus dominios y en tus dominios se pone. Tan lejos como se extiende, de uno á otro polo, la energía vital de la naturaleza, tan lejos tu virtud ha penetrado el universo. De diversas naciones has hecho una sola patria. Resistían á tu imperio y éste ha sido para ellas manantial fecundo de bienes. Has hecho participar de tus leyes á los vencidos, y el mundo, gracias á ti, no forma más que una ciudad... Reinas y has merecido reinar, y la grandeza de tus acciones rebasa aún la inmensidad de tus destinos. Levanta tu frente inmortal; adorna con verde cabellera la vejez de tu cabeza sagrada... Cura tus heridas. Pyrro, tantas veces vencedor, huyó ante ti; Aníbal acabó por llorar sus victorias... No temas la muerte. Vivirás tanto como el mundo, mientras el cielo se cubra de astros. Lo que destruye los demás imperios afianza el tuyo. La adversidad te engrandece. Tus desdichas preparan tu resurrección.»

III.—El arte (1)

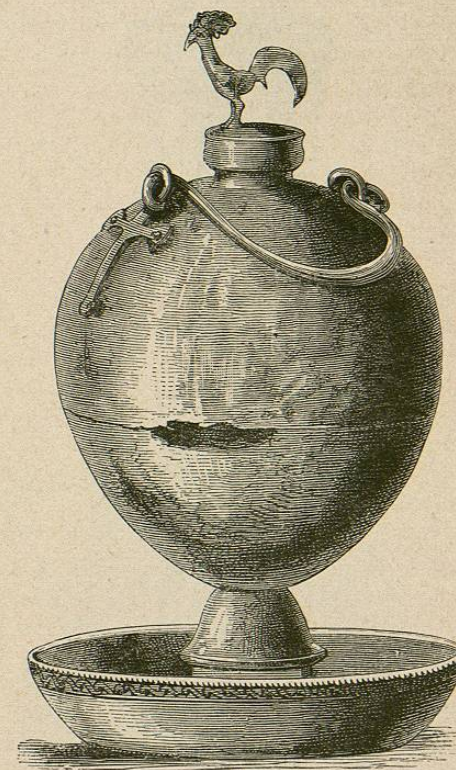
Los galos amaron las artes tanto como las letras. Pero aquéllas, como éstas, no dieron en sus manos frutos originales. No son sino un postrer reflejo de la tradición clásica.

El viajero que desde Italia pasaba á la Galia no extrañaba el país. Hallaba los mismos monumentos que ya conocía: los foros, las termas, los anfiteatros, los arcos de triunfo, los acueductos. Combinando y adaptando á sus necesidades los estilos creados por Etruria y Grecia, los romanos tuvieron una arquitectura propia que se impuso por doquiera. El tipo de esta arquitectura no fué inmutable. Evolucionó al compás de los tiempos. La albañilería varió de materiales. La sobria elegancia que caracteriza el primer siglo se transforma

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Baumeister, *Denkmäler der klassischen Alterthums*, 1885-1888. Caumont, *Abécédaire ou rudiment d'archéologie. Ere gallo-romaine*, 2.^a edición, 1870. S. Reinach, *L'origine et les caractères de l'art gallo-romain* en la *Description raisonnée du Musée de Saint-Germain. Bronzes figurés*, 1894. Caristie, *Monuments antiques à Orange*, 1856. Senz, *Das Grabmal der Julier zu Saint-Rémy*, *Jahrbuch des kaiserlich-deutschen archäologischen Instituts*, III, 1888. Hübner, *Die Bildwerke der Julier in Saint-Rémy*, ibidem (láminas en los *Antike Denkmäler*, I, 1887). Courbaud, *Le bas-relief romain à représentations historiques*, 1899. Hettner, *Die Neumagener Monumente*, *Rheinisches Museum*, 1881. *Zur Kultur von Germanien und Gallia Belgica*, *Westdeutsche Zeitschrift*, 1883. Heuzey, *Quelques observations sur la sculpture grecque en Gaule*, *Mémoires de la Société des Antiquaires*, 1876. Perrot, *Rapport sur les fouilles de Martres Tolosanes*, *Revue archéologique*, 1891. Joulin, *Les établissements gallo-romains de Martres Tolosanes*, *Comptes rendus de l'Acad. des Inscriptions*, 6 octobre 1899. Blanchet, *Études sur les figurines en terre cuite de la Gaule romaine*, *Mémoires de la Société des Antiquaires*, 1891. Thédénat y Héron de Villefosse, *Les trésors de vaisselle d'argent trouvés en Gaule*, *Gazette archéologique*, 1885. S. Reinach, *Catalogue du Musée de Saint-Germain*, 1891, y *Description* (véase anteriormente). Julliot, *Musée gallo-romain de Sens*, 1869-1896. Audiat, *Catalogue du Musée de la ville de Saintes*, 1888. A los periódicos citados al principio de los libros III y V, añádanse: *Gazette archéologique*, 1875-1886, y *Album Archéologique des Musées de province sous la direction de Lasteyrie*, desde 1890.

en el estilo fastuoso y pesado de los Severos y en las macizas construcciones de Constantino. Estas transformaciones son visibles en las ruinas que quedan.

Las habitaciones privadas, las casas de los ricos en la ciudad y el campo, no admiraban tampoco al extranjero. Obedecían al mismo plan apenas variado en algunos detalles que exigía la diferencia de clima. En el interior había iguales muebles, la misma decoración, parecidos mosaicos, estatuas y frescos. Pero esto no



Vaso de bronce. (Museo de Saint-Germain.)

provenía de Roma, sino de Grecia, cuyas inspiraciones y lecciones se seguían.

Inventores como arquitectos, no pasó de aquí su originalidad. Para todas las bellas artes fueron tributarios de Grecia. El haber sojuzgado Grecia no impidió que los griegos continuaran siendo sus maestros. Las escuelas de Atenas, Rodas, Pérgamo, Alejandría, continuaban siendo los centros á que acudía todo el Occidente. Su monopolio se afirmaba de dos maneras: por la exportación de obras y por la emigración de obreros. No siempre se compraba á distancia, sino que á veces se quería que las obras se ejecutaran allí donde debían quedar. Los artistas no permanecían siempre en un mismo punto, sino que iban por todas partes donde les parecía que debía abundar el trabajo.

De todas las obras de arte ejecutadas en la Galia no conocemos más que la historia de la estatua colosal del Mercurio Arvernio. La realizó el griego Zenodoro. Tardó diez años. A ratos perdidos copió dos copias, atribuidas á Calamis, por cuenta del gobernador de Aquitania Dubio Avito. Cuando terminó el Mercurio y hubo cobrado los 400.000 sextercios (100.000 francos), pasó á Roma para labrar la estatua de Nerón. Se advierte la mano de los griegos en obras de menor importancia. El hermoso mosaico de Lillebone trae la firma de T. Senio